

TODO NO VA A ESTAR BIEN, ¡HABRÁ QUE LUCHAR!

Luc Thibault, Schio, Italia, 19-5-2020

Si es cierto que, como escuchamos por todos lados, el mundo post-pandemia ya no será el mismo de antes, ¿qué cambios nos esperan, qué escenarios nos están preparando?

Digamos la verdad: la economía, al menos en Europa y especialmente en Italia, ya estaba padeciendo un largo estancamiento que comenzó con la crisis financiera de 2008. Por supuesto, ahora las cifras obtenidas de los análisis y proyecciones de los centros más autorizados pintan un futuro aún peor. Mucho peor.

En marzo y abril, según el Centro de Estudios de la Confindustria, la producción industrial se derrumbó en un 50%. Las cifras sectoriales del informe van precedidas de esta consideración: *"El fin del confinamiento, a partir de hoy, no generará una recuperación rápida porque las familias seguirán siendo prudentes y ahorrarán también por precaución, las empresas tendrán que deshacerse de las existencias acumuladas en los últimos meses mientras que la demanda externa se verá afectada por la contracción general de la actividad en Europa... Las perspectivas son inciertas y están ligadas a la evolución de la crisis sanitaria"*.

Incluso en esta crisis es evidente el peso anormal que ha alcanzado el sector financiero y especulativo (es decir, más específicamente parásito) de la economía, y las enormes masas de dinero en juego corren el riesgo de convertirse en bombas de tiempo. Unos días después, los observadores económicos se preguntaban por qué el precio de los títulos vinculados a las empresas era tan alto cuando su rentabilidad real estaba en caída libre. En el periódico de la Confindustria, *Sole 24 Ore*, Morya Longo trata de responder a esta pregunta y afirma que los bancos centrales de todo el mundo comprarán a finales de año cinco trillones de dólares de diversos títulos, *"arrojando una enorme cantidad de liquidez a los mercados"*. ¿Y entonces qué? Entonces *"los inversionistas repletos de dinero tienen que ponerlo en algún lugar. Así que invierten aunque no crean demasiado en la futura recuperación (económica)"*. Y en el manicomio de la economía financiera, estos "inversores" compran los mismos valores que los bancos centrales (incluidos los bonos del Estado), o en la bolsa *"apuestan por las empresas que más se benefician de la crisis. Así que todos compran las grandes empresas de tecnología de EE.UU. o las empresas farmacéuticas, dejando atrás los sectores más penalizados por Covid-19"*. Es difícil encontrar en esta lógica algún rastro de esa "solidaridad" con la que todos los gobiernos tratan de engañar a sus pueblos.

Para los que sufren las crisis, es decir, para la mayoría de la población, las noticias sobre los diversos decretos de emergencia caóticos se mezclan con las de los créditos anunciados por el Banco Central Europeo. Aquí también estamos hablando de ríos de miles de millones. Se pretende así proteger la salud de los ciudadanos, ayudar a las empresas, ayudar a los trabajadores. Las motivaciones oficiales de todas las medidas se mezclan a medida que toman

forma las divisiones, los contrastes entre los Estados, la astucia de los grandes grupos financieros e industriales, las grandes y pequeñas maniobras especulativas . "*Ningún gobierno de la República había tenido nunca tanto dinero para gastarlo todo junto*", se lee en *La Stampa* del 14 de mayo sobre Italia.

Pero ya sea en Italia, Europa o Estados Unidos, uno se pregunta dónde estaba escondido todo este dinero hasta hace unos meses. En todo caso, había y sigue habiendo. Y, al menos en lo que respecta a los trabajadores y a la parte más pobre de la población, es un poco difícil de creer que una clase dirigente que ya antes de la pandemia no pudo encontrar una salida a la crisis económica y que dejó que los hospitales y las residencias de ancianos se convirtieran en brotes de infección con miles de muertes, esté ahora en condiciones de garantizar una recuperación de la que todos deberían beneficiarse.

Es bueno que los trabajadores tengan esto en cuenta. Porque si bien es cierto que cada crisis es una historia en sí misma, el pasado nos enseña que las grandes crisis tienen al menos dos consecuencias seguras. Por un lado, una concentración de empresas en grupos más poderosos que antes y, por otro, un aumento del desempleo. Alrededor de estos dos fenómenos principales hay toda una serie de consecuencias sociales, como la polarización de la riqueza en manos de una capa más pequeña de la gran burguesía, el aumento de la pobreza en sectores más amplios de la población, el empeoramiento de las condiciones de trabajo, ayudado por la propaganda sobre la necesidad de hacer sacrificios para la recuperación, el relanzamiento de la economía o como quiera llamarse.

En el clima dulzón construido por el gobierno, con el patriotismo barato que ha pasado directamente de los discursos de los ministros a la publicidad de las marcas más famosas, por no hablar de los tricolores insertados como anexos en los principales periódicos o vendidos por unos pocos euros en los supermercados, se está intentando hacer pasar la idea de un interés único por "salvar a las empresas". Los trabajadores con los patrones. Pero salvar a las empresas no significa necesariamente salvar los puestos de trabajo. Una empresa sigue siendo una empresa aunque de cien empleados se pase a cincuenta. En los próximos días se hará cada vez más evidente que los intereses de los trabajadores no son los de sus empleadores.

Por conveniencia electoral, para no alimentar el malestar social, para no deprimir completamente el mercado interno, el gobierno de Conte ha tomado por razones económicas una serie de medidas para bloquear los despidos, probablemente hasta finales de julio. Otro ejemplo de la política "social" del gobierno es la regularización temporal de una serie de trabajadores inmigrantes ilegales. Todas estas son formas de solidaridad barata en las que no se puede confiar. Pero son al menos algo de lo que hay que partir para dar forma a las afirmaciones generales de que toda la clase obrera necesita defenderse de los efectos de la vieja y la nueva crisis.

Tendremos que luchar colectivamente para que la prohibición de los despidos se extienda y se amplíe hasta que el desempleo deje de ser la amenaza más dramática para las familias de los trabajadores; para que los trabajadores inmigrantes sean liberados del chantaje y la intimidación de los empleadores y para que puedan trabajar con plenos derechos contractuales y sin fecha de vencimiento de sus permisos de trabajo; para que las medidas de protección contra la pandemia

promovidas por las autoridades sanitarias sean respetadas y para que sean un requisito previo al ejercicio de la actividad de las empresas; para que los costos de los cierres de empresas no recaigan sobre los trabajadores y los fondos de despido no estén limitados en el tiempo; y para que las diversas formas de subsidios a los desempleados no tengan fecha de vencimiento.